

idad de ca-
itivo como
carnado.
ra que me
que ya no
resultado.

tartera, se
sible, y de
olas en su
Eutonces
s, se abren
dad azúcar
y se colocan
terior que

mbriéndola
fuego arri-
que sea ne-
ecotones se
car por ser
sirven ca-
modo que
ntes con el
as claudias

ON

184.

de despo-
vestido, de
cesa, está
delante po-
énos has-
la, hasta
los paños
s de volan-
de museli-
encaje. El
s paños de
za más ar-
están frun-
donados, y
an con un
aso. Tres
los costadi-
y la tercera
n y se anu-
das: ramae
echarpes.

chales ó fichús.

de encaje.
encaj, sien-
e de tal de
gra ó de la
El cuerpo,
con plumas
a maiz.
nos otra vez
de madame

SI.
s, premiada
omo,
que no
ron no co-
noveia de
mbres, un
5 rs.
gota de
obra pre-
a por acla-
on en el cor-
abierto pa-
tr al pre-
Rodriguez
un tomo, 4
y en Ma-
y 5 en pro-
tada la edi-
e El bálsa-
e las penas,
há haciendo
edición.



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 35. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Setiembre 1875 | Se publica en diez distintos idiomas.— Año XXV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Palmaseda.—Trajes para señora y niños.—Vestido para niña guarnecido con bordados á la inglesa.—Traje para jovencita.—Vestido para señora, con túnica hecha de un chal argelino.—Chaqueta con cuello-chal.—Cuerpo-blusa.—Vestido con mantelo y chaqueta.—Cuellos bordados.—Corbata de muselina.—Lazo para el pecho.—Echarpe de encaje.—Manteleta guarnecida con biaces, encaje y pasamanería.—Peinado Clotilde, para teatro.—Peinado Emperatriz, para salon.—Peinado con

mantilla es; añola.—Sombrero Augusta.—Toquilla de lana.—Caja para las alhajas.—LITERATURA: Estrella, por D. Manuel Ibo Alfaro.—A Baena, soneto, por A. Alcalde Valladares.—El dolor en el arte, poesía, por Rafael Guinard de la Rosa.—De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Perez.—Espigas y amapolas, por Angela Grassi.—Charadas.—Variedades.—Explicacion del figurin.

REVISTA DE MODAS.

Hasta que la nueva moda de invierno haga su entrada triunfal, hasta que en mi próxima revista os pueda reseñar las nuevas hechuras de trajes y sombreros, fuerza será refugiarnos en lo conocido y apuntar los trajes propios para el Otoño, que casi todos serán restos de la pasada grandeza. Los trajes de seda negros con los mantelos y corazas de verano, bien las bordadas á la inglesa, bien las de limosina, granadina y otros tejidos de lana ligero, harán un gran papel en esta época de transición, y no faltarán vestidos que por sus tonos opacos y dulces, armonicen con la poesía triste y melancólica del Otoño. Pero aun estos no se apartarán de la exigencia de las dos telas que hoy impone la Moda, y que hasta en los vestidos más ricos ejerce su imperio. Un vestido de faya de una sola tela sería anti-elegante, y es preciso que si es de color sea en dos tonos, ó en liso y rayado, y si negro en dos telas, como faya y matalasce ó faya y saten. Favorecen á esta combinación las infinitas telas en cuadros y rayas, desde las más modestas á las más caras, que fabrica la industria moderna y armonizan con toda clase de colores por extraños que sean.

Como propios de la presente estación, y para que os puedan servir de modelo, os describiré dos elegantes trajes que acaban de llegar de París para una de nuestras beldades aristocráticas. Consiste el uno en un vestido de barege de lana color de gamuza y seda de un tono más subido. La falda, con su gran tabla por detras, lleva quillas plegadas en punta, y adornado el centro con un pequeño bullon de seda de muchos frunces, cuyas quillas sujetan un doble mantelo de punta muy aguda, cada uno con un biés de seda al canto y un bullonado perpendicular en el centro: la parte que deja visible por los lados de la falda el mantelo la ocupan bullones y plegados de la misma tela, repitiéndose en el centro del pecho y costura exterior de la manga el adorno de la quilla. El segundo vestido es de limosina gris lisa y gris rayada: la falda, lisa, lleva un plegado al canto, y encima un ancho biés ó bullon ligeramente fruncido en sus dos orillas, de la tela rayada, y rematando á los dos bordes con cabeza ribeteada de negro, separada por dos pequeños bullones de tela lisa: el delantal, rayado, es de forma



1. Traje para niña de 4 á 7 años.

2. Traje para jovencita.

3. Traje para señora.

cuadrada, ribeteado de negro, adornado de lazos negros por delante y sujeto por detras con dos grandes lazos negros tambien: la coraza, rayada, se abre con gran cuello negro sobre chaleco liso como las mangas, que llevan vueltas de faya negra como el cuello y los lazos. Nada más sencillo y distinguido que este vestido de colores opacos, destinado á llamar la atencion solo por su buen gusto, no por sus colores llamativos ni por su hechura recargada.

del pecho á morir en uno de los lazos del costado, y velo y corona de azahar completan este sencillo y distinguido atavío. No por esto creais fuera de su lugar un traje rico de faya con encajes; pero creedme, sientan muy bien á una jóven la modestia y la sencillez el día de sus bodas, y la recomienda que en vez de las ricas joyas que se admiran en su equipo, se contente con lucir solo una cruz ó un medallon con brillantes sobre su cuerpo alto de muselina. Las flores para la cabeza se disponen siempre

Hácese tambien algunos trajes de tela de cuadros y tela rayada en el mismo tono, pero yo os aconsejo huir de tan extraño capricho: una tela lisa combinada con otra de dibujo puede hacer un vestido elegante, pero dos telas de dibujo las dos, no darán por resultado sino un vestido chocarrero. No incurrais en tan lamentable extravío.

Como abrigos de Otoño los mismos que os tengo recomendado para la playa: el capulet ó esclavina plegada, los pañuelos y chales de punto de encaje y las manteletas de que os ofrece un lindo modelo nuestro número de hoy. Los grandes paletots abrochados con dos carreras de botones serian todavia prematuros.

Esta suele ser la época de los enlaces, y muchos se han verificado en estos dias, y otros se anuncian como próximos á celebrarse. Al efecto hablaré de trajes nupciales, aunque sea ligeramente. El traje blanco es indispensable, pero así puede ser de faya ó saten como de vaporosa muselina, y de algun tiempo á esta parte esta modesta tela es muy estimada para estas solemnidades: entre los últimos modelos creados para traje nupcial, tengo uno á la vista de muselina blanca con gran cola, terminada la falda por un volante ancho con plegado de la misma muselina al borde inferior, y montado el volante con cabeza del mismo y á grupos de frunce, muy separados los grupos unos de otros, y sujeto cada uno con un pequeño ramo de azahar: la túnica-mantelo, cuadrada, va unida por detras con ricos lazos de faya blanca, y abierta en los costados y unida por lazos de cinta estrecha con un grupo de azahar en el centro de cada uno: un plegado de muselina guarnece cada una de las partes de la túnica, y la chaqueta alta y cerrada con una pequeña gola: ligerísima rama de azahar baja del ramo

en corona de azahar y mirto; tambien se permite intercalar capullos de rosa blancos, pero son preferibles las primeras como más ligeras, alguna rama de las mismas flores baja á enlazarse con los tirabuzones, lo cual es de muy buen efecto, y el ramo del pecho suele colocarse en el cinturón si el traje le lleva: el velo de tul malines es siempre de forma redonda sin adorno, y á veces hasta sin jareton, para hacerse más vaporoso.

Ahora daré fin á mi reseña, anticipándolos con la reserva propia de toda noticia que aun no es del dominio público, algo de las telas que se preparan para este invierno. La galantería de los Sres. Aguado y Jarto, que tienen su elegante almacén en la calle del Carmen, esquina á la de Tetuan, ha puesto á mi disposición un muestrario completo de cuanto ha de venir en el próximo invierno, cheviot, trenzados, matalasée de lana y seda, popelinas y epingles en lana y en seda en colores caprichosos. Desde luego puedo aseguráros que el cheviot, lana de tejido basto, pero suelta y flexible como todo tejido inglés, hará verdadera fortuna este invierno: en este tejido hay cuadros en dos grises, en dos marrón y en diferentes tamaños, que harán trajes elegantes combinados con tejidos lisos de igual color: hay *madrás* tambien de cuadros, tejido algo más fino pero todo lana, que competirá con el anterior, y *trenzados* que son cuadros grandes formados por pequeño tablero como si fuera tejido de cintas, que en colores azul y ciruela, verde pavo y habana, servirá para túnicas deliciosas. Ya os iré dando cuenta de las novedades que vayan llegando, pero por lo expuesto podeis desde luego comprender que la combinacion de cuadros con liso será el gusto dominante del próximo invierno.

JOAQUINA BALSAMEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑAS.

1. *Traje para niña.*—Vestido de cachemir azul pálido con cuerpo escotado en cuadro y mangas cortas guarnecidas de bordado á la inglesa: el escote lleva otro bordado igual, y hacia abajo un volante de la tela del vestido, sujeto con un biés. La falda va adornada de dos volantes y un bullon de seda. Cinturón de seda y sombrero de paja de Florencia con terciopelo negro y corona de campanillas azules.

2. *Traje para niña de 14 años.*—Vestido de cachemir fondo blanco con flores azules y adornado de plegados de cachemir azul. La falda lleva un volante fruncido sobre un plegado azul, terminando por arriba un bullonado con cabeza: túnica-delantal con plegado azul y bullon de la tela del vestido y coraza con mangas bullonadas y vueltas azules. Cinturón-eharpe azul y sombrero de paja con un pañuelo azul anudado.

3. *Traje para señora.*—La novedad de este traje consiste en la túnica hecha de un chal argelino de rayas de colores: la mitad del chal sirve para la túnica, la otra mitad para cuerpo y mangas, y el mismo fleco del chal sirve para guarnecer la túnica. Nuestro modelo es de rayas blancas y gris oscuro sobre fondo gris claro, y lazos de seda gris la completan, acompañando á una falda de lana belga gris con volantes y bullones. Sombrero tirolés con plumas, cintas y rosas.

4 Á 10. ADORNOS DE CABEZA.

4 y 10. *Peinado CLOTILDE, para teatro.*—Estos dos modelos, primero y último de la plana, representan el mismo peinado por delante y por detras, y consiste en el pelo de adelante puesto en bandós vueltos, con rizado á la frente y una trenza postiza que rodea toda la cabeza, sujetando los extremos de otra más corta colocada en diadema: el cabello de atras atado bastante alto se abre en dos grandes lazadas que ocupan el hueco del centro de la trenza.

5 y 6. *Peinado EMPERATRIZ, para salon.*—Los cabellos de adelante forman dos bandós rizados, y los de atras forman una moña rizada y atravesada con un nudo, completando el peinado un cordón postizo.

7 y 13. *Sombrero AUGUSTA, con ala vuelta.*—Es de crin negra con el ala ligeramente levantada y forrada de faya negra, fruncida á los dos bordes con cabeza: dos rosas adornan esta parte del sombrero, y por fuera lleva cinta de faya negra, pluma negra y otra rosa. Dos bridas anudadas por detras le completan.

8. *Peinado con mantilla.*—La graciosa toquilla de encaje que las españolas usamos como prenda propia, las francesas la usan para teatros y salones, llamándola *mantilla española*. Este grabado presenta una de estas toquillas sujeta con un lazo y una flor sobre el peinado y cruzada una de sus puntas que sujeta otra rosa. Peinado de bandós rizados y sortijillas.

9. *Toquilla de punto de lana.*—Sirve lo mismo para abrigo por la noche en la ciudad que para abrigo y adorno en el campo. Puede cualquiera señora hacerla por sí misma por los modelos que de continuo les ofrece nuestro periódico, ó comprarla hecha. Su colocacion aparece clara en el grabado.

11. CHAQUETA CON CUELLO-CHAL.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. II, figs. 7 á 12).

Un cuello que sienta admirablemente guarnece un chaleco alto, de tono más claro que el vestido, y de este mismo son los adornos de la falda y mangas: el patron ofrece las diferentes piezas del cuerpo y de la aldeta, que tiene una forma original gracias á las cuatro piezas que forman la espalda. El núm. 15 presenta esta misma chaqueta.

12. CUERPO-BLUSA.

(Patron: en el pliego de ellos por el revés, núm. III, figuras 18 y 19).

Este cuerpo, de seda color malva, va adornado en corazon por un plegado de linon, un encaje blanco y otro plegado malva que descansa sobre el plegado de la gola; las mangas repiten el mismo adorno de plegados y encaje.

14 Y 15. VESTIDO CON MANTELO Y CHAQUETA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. II, figs. 7 á 17).

Estos modelos presentan un elegante vestido por delante y por detras, y su gracioso corte hará resaltar un talle esbelto. La espalda de la chaqueta, como queda dicho al reseñar el núm. 11, se compone de cuatro pedazos, haciéndose casi siempre en dos tonos distintos los del centro para que resalten más, y uniéndolos con vivos de cordón á los exteriores: los del centro de la espalda se continúan por delante en caídas ó estolas sobre el cuerpo. El patron contiene todas las indicaciones necesarias para la túnica, y hasta ofrece un pequeño croquis de ella, indicando asimismo dónde van los pliegues que la recogen ligeramente para evitar las costuras en esta túnica casi estirada; se emplea la tela ancho por largo, y si no tuviera todo el necesario, se oculta la costura bajo los adornos. Nuestro primer modelo representa un traje de tela de lana belga en dos tonos gris, con fleco del mismo color; mientras el segundo, núm. 15, es de faya de dos tonos y ricamente adornado de encaje y lazos.

16 Y 17. CUELLOS.

El primero representa un ángulo bordado á feston, recortados los espacios y rellenos de calados ó cordoncillo, y el segundo es un calado de encaje inglés hecho con trencilla fina y lisa. Ambos corresponden á la hechura de cuellos vueltos que se sostiene siempre en favor.

18. CORBATA DE MUSELINA Y ENCAJE.

Cada una de las lazadas es un pedazo de muselina al biés de 9 cents. de ancho por 14 de largo, y las puntas un triángulo cada una de 32 cents. de largo en su borde, al hilo, por 8 de ancho: estos se rodean de un encaje, y se pliegan dejando en cascada su encaje.

19. LAZO PARA EL PECHO.

Es de cinta de faya azul pálido ó rosa, y lleva cuatro lazadas y dos caídas intercaladas con ramas de campanillas blancas. Sirve para el pecho en un vestido para teatro y salon, correspondiendo otro igual en la cabeza.

20. ECHARPE DE ENCAJE.

Sobre un vestido de faya gris de dos tonos va un echarpe ó chal rico de encaje negro. Sombrero de crin negra con cinta de faya y ramo de eglantinas.

21. CAJA PARA LAS ALHAJAS.

Tiene el centro de la cubierta de cristal y va vestida de seda azul bordada de cadeneta blanca. El pliego de patrones y dibujos ofrece el de esta elegante caja.

22 Á 24. MANTELETA.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. IV, fig. 20).

El patron y descripción de esta manteleta las ofrece el pliego de patrones, y nuestros grabados la presentan por delante y por detras: la primera va adornada de encaje y bisies y la segunda de rica pasamanería: el número 24 muestra el plegado de la gola.

JOAQUINA BALSAMEDA.



ESTRELLA.

I.

Las tradiciones brotan del suelo español como el aroma brota de las flores; como las flores brotan del campo; como del mar brotan las brisas; como brota la luz del sol; como de las inmensas masas nebulosas brotan constantemente millares de estrellas. Busquemos con anhelo tradiciones entre las gigantescas ruinas de nuestra patria, que su esencia es más dulce que el jugo de la magnolia; busquémolas con interés, que aunque envueltas en la oscura nube de la conseja, encarna en ellas un fondo de verdad; escuchémoslas con respeto, que las tradiciones son el eco de las tumbas, la voz de nuestros antepasados que desde el mundo del infinito nos la dirigen con misteriosa solemnidad; escuchémoslas, sí, escuchémoslas con veneracion y respeto.

II.

En la perla de Andalucía, en la hermosa Granada, son las tradiciones más bellas que en parte alguna de Europa. Siguiendo por la carrera del Darro para buscar la cuesta que conduce al Albaicín, se llega á un punto en que tenemos debajo el poético río; frente por frente, al otro lado del río, el gigantesco, frondoso monte, sobre cuya cumbre se alzan la Alcazaba y la Alhambra con sus imponentes, colosales torres, que colosales, imponentes torres y no otra cosa ofrece por la parte exterior el encantado palacio de los Zegries, ese singular edificio asombro del mundo, joya del arte, que en su interior fascina la imaginacion con sus erguidas columnas de mármol blanco y con sus encajes de cincelado estuco, encajes de esbeltas formas y de inimitables colores. Desde el lugar en que nos encontramos, se descubre á la derecha, al comenzar el barrio del Albaicín un secular caseron bien conservado, que tiene vistas á dos calles, formando ángulo con ellas. Este caseron no pertenece á la época en que los árabes dominaron en Granada, es más moderno; corresponde á aquel período de transición, de lucha moral, en que la civilizacion moderna pugnó con los hábitos antiguos para matar su funesto influjo; es decir, perteneció al feudalismo, ó mejor, al tiempo de los señores de horca y cuchillo. En el piso segundo de ese caseron que en su tiempo debió considerarse como palacio, se ve un balcon tapiado con gruesa pared de ladrillos y encima del balcon esculpida en la pared con grandes caracteres la siguiente inscripcion: *Esperándola en el cielo*. Esta inscripcion y aquel balcon tapiado excitaban la curiosidad del viajero; y si el viajero preguntaba á algun anciano qué origen reconoce todo esto, le refiere con fé y gravedad la siguiente historia:

III.

Después que el estandarte de Castilla tremoló victorioso en la torre de la Alcazaba, uno de los valientes capitanes llamado Don Castriz, á quien los Reyes Católicos colmaron de honores por su constante arrojo en el combate, muerta su esposa, mandó construir aquel palacio en el mismo lugar en que dió fin á su más gloriosa y última fazaña. Don Castriz tenía una hija de veinte años llamada *Estrella*; y bien que segun dicen antiguos manuscritos, le cuadraba este nombre, porque no son más hermosas las estrellas que en noche serena bordan el firmamento, que lo era la hija de Don Castriz, del que vivía en las márgenes del Darro, frente al palacio de la Alhambra. Las formas de Estrella, cuentan con entusiasmo los ancianos de Granada, que inspiraban respeto á la par que voluptuosidad; que su rostro era moreno, sus labios de carmin, su frente espaciosa, sus ojos negros y grandes y su mirada ardiente, franca y apasionada. Su negra y abundante cabellera sujeta á las sienes con rico ferrolle de oro y brillantes, caía de continuo sedosa, segun aquellos continúan, por la bata de brocado azul que dibujaba los atrevidos contornos de su espalda y de su pecho.

IV.

Muchos garzones amaban á Estrella; pero Estrella con todos permanecía indiferente, en lo que mucho se holgaba su padre, porque su padre tenía ajustadas las bodas de su encantadora hija con un caballero de edad avanzada, señor de grandes riquezas, el cual moraba en la imperial Toledo. Estrella hasta entonces habia vivido como cándida mariposa, jugueteando en sus cámaras con

sus doncellas, regando sus flores y acariciando sus aves, las primeras aves que llegaron de la América. Pero cierta noche se encendió una llama, y en aquella fascinadora, envenenada llama, abrasóse la inocente mariposa. Cuentan que en el reló de la parroquia sonaron las doce; las doce de la noche del día 2 de Mayo; cuentan que aquella noche brindaba con sus encantos la naturaleza; que el cielo estaba puro, transparente y azul; que miradas de estrellas brillaban en el cielo; que el Darro murmuraba con blandura; que las brisas arrancaban el perfume de las flores; que los ruiseñores gorjeaban en la espesura de la Alhambra; en fin, que era una noche de Mayo y, ¡en Granada! En la plácida, misteriosa calma que reinaba, comenzaron á escuchar de súbito los sonidos de un laud, luego la dulce, cadenciosa voz de un trovador que tier- nas endechas cantaba; y como en aquellas endechas que sonoras iban á confundirse con el murmurar del río y con el jemir de las brisas, oyérase la palabra *Estrella*; Estrella magnetizada saltó de la cama, y costumbre muy comun entonces, cubrióse con rica bata de batista y encajes, entreabrió quedo el balcon y se asomó por él. El trovador que lo advirtió redobló sus esfuerzos cantando con más expresion; Estrella contempló al trovador, que á la luz de la luna se dibujaba con melancólica arrogancia en la orilla del río: el trovador entónces fijando la vista en el balcon entreabierto, se llevó la mano al pecho, y Estrella cerró asustada. Pero la incauta niña habia quedado herida por las trovas y el apuesto ademán del trovador.

V.

¡Pobre Estrella! Ya no riega sus flores, ni acaricia sus pájaros; una profunda melancolía se apoderó de su alma, y con frecuencia se desprenden de sus ojos lágrimas cristalinas, que se enjuga furtivamente, mientras su espíritu vuela cautivado tras la imágen de un desconocido. La noche siguiente se escucharon nuevas trovas, y Estrella se asomó al balcon, y á la luz de la luna contempló otra vez al trovador, y lo contempló la noche siguiente y la siguiente... y cuanto más lo contemplaba más lo amaba; y cuanto más lo amaba más crecía su tristeza. ¡Pobre Estrella! ¡Inocente niña, perdió su alegría y sus colores, y la animación de sus ojos y la tranquilidad de su espíritu! Y D. Castriz observó este cambio y se alarmó de él y preguntó á las doncellas, quienes nada le contestaron porque nada sabían; nada sino que Estrella se habia vuelto con ellas reservada, y que algunas veces la habían sorprendido llorando. D. Castriz, de genio fuerte, dominante, iracundo, de acendrado cariño hacía su hija, no podía soportar tan angustiosa duda y trató de aclarar la situación.

VI.

Cerrado cierto día en su cámara D. Castriz con su hija, sentados ámbos en ancho sofá de baqueta negra con grandes clavos de cabeza dorada, se cruzó entre ellos el siguiente diálogo: —Hija de mi alma, le dijo el padre con gravedad, tu carácter ha sido siempre jovial, y hoy te encuentras triste y llorosa; porque yo que te amo tanto como juntos te amáramos tu madre y yo, si tu madre viviera, te vigilo sin cesar y nunca te pierdo de vista. Estrella con la frente inclinada al suelo, se encontraba pálida y convulsa. —¿Qué tienes, hija mía, de algun tiempo á esta parte? ¿te falta algo por ventura? —No me falta nada, contestó Estrella. —¿Quieres más pájaros? ¿Quieres más flores? ¿Quieres trajes más lujosos, aunque tus trajes son los de más valor que usan las damas de Granada? —No señor, contestó Estrella. —Dime, hija mía, ¿tienes por ventura enfermo el corazón? ¿Quieres que adelantemos tus bodas contratadas ya con el noble caballero de Toledo? —Oh, no señor; exclamó Estrella asustada. —Pues entonces, ¿qué tienes? —Nada tengo. —¿Qué quieres. —Nada quiero. —Bien, contestó D. Castriz, poniéndose en pie con mal gesto; puesto que dentro de una reserva que me ofende y me incomoda te cierras, yo haré por averiguar lo que te ocurre, yo lo sabré todo. Desde aquel momento D. Castriz se propuso velar por sí mismo á su hija.

VII.

Llegó la noche. Granada se entregó al apacible sueño, y el trovador principió á trovar en las márgenes del Darro. Pero el trovador dijo esta noche á la dama en sus endechas que dejara caer un hilo desde el balcon para enviarle en él un apasionado billete. Aunque asustada Estrella, que á las damas les asusta lo que más las agrada, y hacen siempre lo que más las asusta, dejó caer el hilo, y recogiólo luego, leyó agitada el billete, que decía así: «Hermosa dama de la bata blanca, soy forastero; en lejanos países se meció mi cuna; encantadora Estrella, te amo con delirio; léjos de aquí tengo un castillo y jardines y campos y pecheros. Mañana por la noche deseo hablar contigo; deseo contemplar de cerca tus divinas formas; deseo aspirar el aliento de tu pecho; para

esto es necesario que yo suba á tu cámara; y para subir á tu cámara forzoso se hace que dejes caer otra vez un hilo de tu balcon. Si me amas, hija del valiente don Castriz, accede á mis deseos; y si á mis deseos accedes, de repente abre tu balcon y ciérralo de repente.» Fascinada Estrella, dominada por sus sentimientos, abrió de repente el balcon y lo cerró de repente. Lo cerró y se metió en cama. Pocos minutos despues, envuelto en un ropón largo, D. Castriz salió á puntillas de su cámara, y dirigiéndose cautelosamente á la de su hija, miró por el ojo de la llave; más como todo lo encontró cerrado y silencioso, se retiró tranquilo, murmurando sin embargo, entre dientes: —Volveré otra noche.

VIII.

Los plácidos encantos de una noche de primavera tendieron otra vez sobre la naturaleza. Brilló en el horizonte una luna clara, grande y magestuosa; volvió á su sueño la ciudad de Boabdil, volvieron á murmurar las brisas en el valle del río; y á cantar los ruiseñores en los jardines de la Alhambra. No bien se escucharon los primeros acordes del laud del trovador, cuando entreabriendo Estrella con sigilo su balcon, dejó caer el extremo de un hilo. El trovador ató al extremo de aquel hilo una escalera de cuerda. Estrella la subió y la aseguró á los hierros con mano trémula y alma agitada... y á los pocos momentos entraba por el balcon el atrevido trovador. Si arrogante habia parecido de léjos el trovador á Estrella, más arrogante le pareció de cerca: más hermosa de cerca que de léjos le pareció Estrella al trovador. Entrelazados los brazos de ámbos, confundidos sus suspiros, se sentaron los dos en un sofá de baqueta, sin pensar en otra cosa que en el dulcísimo presente, que, aunque entre temores, embargaba sus corazones.

IX.

Platicando apasionadamente continuaban la dama y el mancebo, y perdiéndose uno y otro en un mundo de rosadas ilusiones, de seductoras esperanzas, cuando de repente se escuchó un estrépito ruidoso de voces y corridas en la casa; se abrió de golpe la puerta de la cámara, y se presentó convertido en una furia Don Castriz, seguido de todos sus criados con faroles encendidos en las manos. —¡Malvados! gritó Don Castriz ciego de ira. Estrella lanzó un horrible grito y cayó sin sentido. —¡Somos inocentes... mi fin es bueno! exclamó el trovador poniéndose de pie. —¡Miserable! gritó Don Castriz. —¡Hacedme justicia! —Morirás! —Si en la tierra no se me hace la justicia que pido, moriré; pero moriré esperándola en el cielo. Don Castriz prorrumpió en una estrepitosa y sardónica carcajada, y dijo á sus criados: —Que muera ahora mismo ese villano esperándola en el cielo.

X.

La mañana siguiente se encontraba el vecindario de la ciudad agrupado al pie del palacio de D. Castriz, porque en uno de sus balcones, en el balcon de la cámara de Estrella, colgaba de largo cordel un mancebo ahorcado. Aquel mancebo permaneció allí todo el día, y al caer la tarde corrieron hasta la calle los cordeles, de los que se hallaba suspendido, y el cadáver fué conducido al cementerio. Aquel cadáver era del trovador que entró por aquel mismo balcon en el gabinete de Estrella. Así que descolgaron el cadáver, dos albañiles cerraron con grueso muro el balcon, exclamando D. Castriz con fuertes voces: —Para que ningún otro mancebo pueda penetrar por él. Y de orden del mismo D. Castriz se grabaron sobre el balcon tapiado en grandes letras, con el fin de que sirviera de escarmiento á osados donceles, las últimas palabras que el trovador pronunció en el momento de ser sorprendido: ESPERÁNDOLA EN EL CIELO.

XI.

Cuatro meses despues de tan infaustos acontecimientos tocaban á muerto los esquilonos de un convento de monjas; y los granadinos de ambos sexos y de todas las edades acudían al convento á contemplar el cadáver que con su fúnebre toque anunciaban las campanas; porque aquel cadáver envolvía una historia triste; porque aquel cadáver era de una dama joven, noble, hermosa y rica, que no pudiendo soportar el peso del mundo se cerró en el convento; y que no pudiendo sufrir su alma de fuego, su alma enamorada la austeridad del claustro, voló rápida á la mansión de Dios. Aquel cadáver era el de Estrella. ¡He aquí los resultados de las imprudencias cometidas por la juventud acalorada é inexperta! Os he referido, hermosas lectoras, la tradicion del palacio, que, con un balcon tapiado, se levanta en la orilla derecha del Darro, debajo del Albaicin, frente por frente á la pintoresca Alhambra.

M. IBO ALFARO.

A BAENA.

SONETO.

Sus armas ennoblecidas
trunfantes en mil batallas,
mantienen allí esculpidas
cinco cabezas rendidas
delante de sus murallas.

(J. Amador de los Ríos).

¿Qué resta de tu viejo poderío
Terror de las falanges agarenas,
De tus torres bordadas con almenas
Donde silbaba el huracan bravío?
¿Qué del alcázar tétrico y sombrío
Negra prision de hermosas nazarenas?
¿De los timbres, escudos y cadenas
De aquellos nobles de indomable brio?
¡Nada!... Tu Coso y tu Albaicin desiertos;
Tus Almedinas solas, sin encanto;
Rotos tus muros, tus jardines muertos...
Solo al fulgor de la argentada luna,
Mi corazon contempla entre su llanto
Hundido el techo que abrigó mi cuna.

A. ALCALDE VALLADARES.

EL DOLOR EN EL ARTE.

¡Oh! ven, la noche en calma nos invita
A vagar en el prado humedecido
Por la lluvia pasada;
La extension de los cielos infinita
Vibrar parece en el solemne ruido
Que hacen los astros en su azul jornada.

La luna se levanta: descendamos
A esa cañada en que murmura el viento
Con la voz de una lira,
Parece que si juntos suspiramos,
En esta sombra un misterioso acento
En torno nuestro y á la par suspira.

No me ames, ángel mio... yo quisiera
(Porque en la tempestad me siento fuerte)
Querer sin ser querido,
Que tu amor otro hombre poseyera,
O verlo, que en los brazos de la muerte
Se debatía de terror transido.

Necesito emociones y desvelos
Para este corazon aniquilado
Por tan largos dolores,
La punzante amargura de los celos,
Ver mi amor y mi nombre desdénado
Y holladas por tu pié todas mis flores.

Porque tan solo así hierve en mi seno
La pasión honda de rugidos llena,
Tan solo así se inflama
La oda en mi sér como en la nube el trueno,
Tan solo así sacude su melena
Ese leon que en el poeta brama.

Húndeme en Océanos de amargura;
Mi alma en sus tempestades se sublima
Porque su onda inquieta
Si es amarga quizá, también es pura...
¡Oh! si el águila audaz ama la cima,
Las cimas del dolor ama el poeta!

Velez-Málaga Setiembre 1873.

RAFAEL GUARD DE LA ROSA.

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

XXVII.

LA CATEDRAL DE BADAJOZ.

Por la mañana despertamos cuando vinieron los criados á llamarnos para almorzar. Serian las once cuando abandonamos el comedor y emprendimos nuestra visita por la ciudad. Lo primero que hicimos fué ir á la catedral, que estaba á unos cien pasos de la fonda. La catedral de Badajoz es una de las más pobres que hay en España. Su edificio es ineficaz. Scott miró su torre cuadrada y sin concluir, contempló un momento su exterior, observó su confusion de estilo, sus portadas tan pobres, sus ventanas tan raras, y vuelto hacia mí, me dijo:

—Parece una capa llena de remiendos.

—Efectivamente, no está mal la comparación, porque en esta obra todos han puesto un parchecito. Mire V.,

aquí en esta puerta llamada de la Magdalena, se levantaba en el siglo IX una capilla que el fervor católico de los cristianos que vivían en la corte del rey Alcáma, dedicaban a San Juan Bautista. Esta capilla se engrandeció en 1070, siendo rey de Badajoz Omar-Ibu-Mohammed, y si para su fundación trabajó mucho el obispo Immis Paulo, XIV prelado Pacense, para mejorarla y engrandecerla no contribuyó menos Manuel (*el diácono*), paje que había sido del obispo Daniel II. La historia de este templo católico, levantado en tiempos de los árabes, es el testimonio vivo de la tolerancia ilustrada que ejercieron los hijos de Mahoma con los que algunos siglos después los habían de expulsar del país, cuando no quemar vivos en algún auto de fé de esos que tan frecuentemente nos ofrecía el Santo Oficio.

—¿Pero qué tiene que ver esa historia con esta catedral?

—Tiene que ver, y bastante. Aquella iglesia se destruyó

Obra del tiempo de la decadencia, no podía ofrecer gran cosa al arte ni a su historia. En cambio el coro es suntuoso. Nos recuerda los mejores tiempos de Berruguete. Es posible que no haya otro igual. Construido de palo santo todo él, de escultura bellísima a medio relieve, se conserva como en su primer día, cuando se hizo en 1557, siendo obispo D. Cristóbal de Rojas Santos. Tiene ochenta y cinco sillas y sobre cada una de ellas la estatua de un santo; y los medallones, las cabezas, los brazos de cada asiento, los frontis de los sillones y las cornisas son obra notable. Aunque no tuviese otra cosa más que el coro la catedral de Badajoz, bastaba para ser visitada por todos los amantes de las bellas artes.

El claustro no tiene cosa particular. Construido en 1509, a expensas del obispo Manrique, guarda relación con el interior de la catedral, pues el arcado de sus bóvedas y el interior de sus capillas es un recuerdo del estilo gótico que se



4. Peinado Clotilde, para teatro. (Véase grabado 9).

8. Peinado con mantilla.

en 1230, y sobre sus restos mandó construir este templo el rey D. Alfonso IX de León, que dos años antes, el 19 de Marzo de 1228, había conquistado esta ciudad del poder de los árabes y nombró su obispo a Fr. Pedro Perez, que impulsó las obras y concedió numerosas indulgencias a los que la favoreciesen. En 1232 se comenzaron los trabajos, que duraron cincuenta y dos años, pues hasta el 17 de Setiembre de 1284 no se consagró.

Y diciendo esto subíamos la escalinata de la puerta de San Juan y entrábamos en la catedral, templo compuesto de tres naves, en forma de cruz griega, con doce capillas, donde hay esculturas tan buenas como la de San Juan y la Concepción, cuadros tan notables como el de la Magdalena, de Ezquivel, y el de San Dimas, de Morales (*el Divino*). El sepulcro de piedra del obispo Marin del Rodezno, como algunos cuadros que hay en su capilla son de buen gusto, sobre todo la tabla donde está pintada la cabeza de dicho obispo, obra de Francisco Javier de Múres. El altar mayor, trabajo de 1708, vale bien poco, por la hojarasca de sus recargadas molduras y el tallado tan incorrecto que tiene.



5. Peinado Emperatriz, para salón.

7 y 11. Sombrero Augista

6. Peinado Emperatriz, visto por detrás.



9. Peinado Clotilde, visto por detrás.

10. Toquilla de punto.

ve dominante en las tres naves de la catedral. Allí vimos la lápida sepulcral del sabio y profundo teólogo D. Rodrigo Dosma y Delgado, cronista del rey Felipe II y autor del célebre libro *Discursos pátios de la ciudad de Badajoz*. También vimos, en la capilla de los duques de Feriá, el sepulcro del famoso capitán Figueroa, duque de Feriá y señor de Badajoz, hombre poderoso que allá en 1472, cuando el rey D. Enrique IV de Castilla quiso celebrar una entrevista con el rey de Portugal, porque no consultó antes con el duque pidiéndole licencia, les cerró las puertas de la ciudad, teniendo que celebrarse la entrevista en Yelves, volviéndose el rey avergonzado de tamaña ofensa a su corte.

Scott encantado por los tallados del coro y la lápida de bronce que cubre el sepulcro del duque de Feriá, donde se ve al famoso capitán de cuerpo entero, armado de caballero en traje de guerra, me seguía a la sacristía, preguntando:

—¿Qué vamos a ver ahora?

—Cuadros, le contesté yo.

er gran co-
suntuoso.
Es posible
todo él, de
como en su
o D. Cris-
las y sobre
medallones,
is de los si-
no tuviese
oz, bastaba
ellas artes.
do en 1509,
n con el in-
das y el in-
ótico que sa



EL CORREO DE LA MODA

Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2ª II, Madrid.

al. Allí vimos
eólogo D. Ro-
elipe II y au-
ciudad de Ba-
duques de Fe-
roa, duque de
so que allá en
lla quiso cele-
al, porque no
encia, les cerró
orarse la entre-
azado de tama-
y la lápida de
Fería, donde se
mado de caba-
ristia, pregun-

Y en
mejor qu
mayor, ó
ella vim
Lúcas J
anónimo
y france
los. Pero
encierra
famoso
mos aqu
dimos po
—Co
tado en
Scott.
—¿De
—De u
esta ciud
les, del q
Londres,
les Wel
mejores
—¿De
rales?
—De
diezy sei
el año d
quiénes
únicame
pobres y
crificaron
sa educa
francisca
bia un p
jo y m
desde la
reveló lo
ser. Cué
su aficio
medida,
encontra
las pare
los libros
ya se con
notándol
diese pro
cerlo un
la sazon
aspiracio
dió algu
parece q
tió á Sev

Y en efecto, cuadros es lo mejor que hay en la sacristía mayor, ó de los canónigos. En ella vimos cuatro lienzos de Lucas Jordan, y varios otros anónimos de escuela italiana y francesa, que no eran malos. Pero lo mejor que allí se encierra son cuatro tablas del famoso Morales. Cuando vimos aquellas pinturas no pudimos por ménos de exclamar:

—Como esto no se ha pintado en Inglaterra, amigo Scott.

—¿De quién es?

—De un pintor nacido en esta ciudad, de Luis de Morales, del que se han llevado á Londres, en 1811, los generales Wellington y Soult, los mejores cuadros.

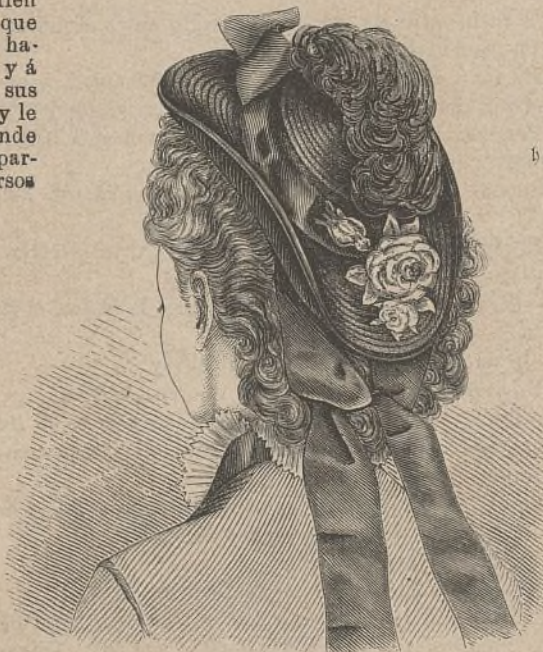
—¿De qué época era Morales?

—De principios del siglo diez y seis. Nació en esta ciudad el año de 1509. Ignórase aun quiénes fueron sus padres; únicamente se sabe que eran pobres y cuanto tuvieron sacrificaron para darle una escasa educación en un convento franciscano, donde parece había un profesor de latin, dibujo y matemáticas. Morales desde la más tierna infancia reveló lo que algun día debía ser. Cuéntase que aun pequeño su afición á las artes era desmedida, y diferentes veces le encontraron dibujando sobre las paredes y en las hojas de los libros asuntos místicos. En los detalles de sus primeros dibujos ya se conocían las grandes ideas que le dominaban, y no faltó quien notándolo hablara al obispo de Badajoz, impulsándole para que diese protección al joven Morales, con ánimo de ver si podían hacerlo un buen artista. Fray Bernardo de Meneses, dominicano y á la sazón obispo de Badajoz, llamó á Luis y le interrogó sobre sus aspiraciones. El prelado admiró la desenvoltura del rapazuelo y le dió algunas monedas para que pudiese marchar á Roma, donde parece quería seguir la pintura. Pero no lo hizo así, pues Luis partió á Sevilla, donde se estableció, no sabemos si porque los recursos



11. Chaqueta con cuello-chal. (Patron: en el pliego, número II, figs. 7 á 12 y 16).

12. Cuerpo-blusa. (Patron: en el pliego núm. III, figs. 18 y 19).



13. Sombrero adornado con flores y plumas. (Véase grabado 7).



14. Vestido con mantelo y chaqueta. (Patron: en el pliego, núm. II, figs. 7 á 11 y 17 y 17a).



15. Vestido con mantelo y chaqueta. (Patron: en el pliego, núm. II, figs. 7 á 14 y 17 y 17a).

de que disponia eran escasos para llegar á Roma ó porque así fuese su voluntad, despues de haber visto la poética ciudad de la antigua Bética.

Por aquella época, que era en 1529, había en Sevilla un pintor cuyo nombre será imperecedero. Llamábase Maese Pedro de Campaña, discípulo que había sido de Rafael de Urbino, y que como tal había adoptado casi su escuela. Morales pudo conseguir que Maese Pedro fuera su maestro, y desde entonces empieza su vida en el arte de la pintura; desde entonces nace su esclarecimiento y su inmortalidad, la inmortalidad de los hombres grandes, cuya memoria vive perenne en los siglos venideros.

Por entonces la Europa cristiana sostenia una paz inesperada con el paganismo, porque el astro refulgente del Renacimiento había sido saludado por todos los sábios con las más dulces poesías de la época griega y latina, y la influencia que ejerció en los ánimos de todos el espíritu religioso, absorbía todas las ideas y mataba las escuelas antiguas.

El suelo español, donde por doquier se tropieza con ruinas que siglos desgraciados, por la dominación del bárbaro musulmán había dejado crecer entre la yerba y los espinos; el suelo español parecía estremecerse al contacto del fuego luminoso, del astro nuevo que se levantaba, en fin, en el horizonte de las letras que resucitaban, en las nuevas artes que renacían y las nuevas creencias del Dios sacrificado; creencia santísima que guiaba nuestra brújula en la tierra y nuestro espíritu en el cielo; creencia que inspiró á Perugino y otros genios eminentes; creencia que es grandiosa en sus dogmas como grande es también en su esencia.

Y despues del antiguo paganismo, despues de la oscuridad de la Edad Media, despues del caos y de la confusion de los grandes pueblos y de las grandes ideas que se mezclaban y confundian como las olas en el Océano, despues de todo esto, debia comenzar la nueva obra, la obra inspirada por el Evangelio.

¡Qué embriaguez tan dulce se apoderó de todas las grandes almas!

¡Oh!... ¡El abismo en todas las edades se veia claramente colmado al fin! Unos más entusiastas por la grandeza del genio, recogian los restos de la antigüedad, naufragados y echados á pique por la influencia y predominio de la nueva idea. Esto era para el arte la resurreccion completa del genio pagano. Las puertas de sándalo del Olimpo volvian á abrirse y giraban con armonioso ruido sobre sus mohecidos goznes de oro. La imaginacion hasta entonces escéptica y sostenida por rústicas alegorias; la imaginacion á la cual Dante no habia emitido, en medio del gran banquete cristiano levantado en su poema, sino algunas migajas del festin dado por Homero y Virgilio; la imaginacion asombrada por los claustros, remontóse otra vez en Italia al cielo de la Grecia, donde Venus hacia llover las rosas y embalsamaba los surcos abiertos por el arado.

Por otra parte, al desplomarse Constantinopla, envió tantos esplendores á los pueblos de Occidente, que todos estos quedaron deslumbrados, apoderándose con avidez de los ricos tesoros que les daban; y aquella caída, que debia señalar una época fatal, dió principio á una nueva era que fué para la humanidad uno de los más grandes siglos de que sellenan de renombre y orgullo justo aquellos grandes pueblos.

Y la España por su parte no decae en la lucha. En el grandioso torbellino de ideas que se mecian en los pueblos y las bellas artes en que Leonardo de Vinci se habia inspirado, ese artista que murió en los brazos de Francisco I, y maestro que habia sido de Rafael de Urbino, era uno de los primeros que dieron impulso á las artes divinas. Juan de Juanes, discípulo de Rafael, fué despues el que trajo á España el arte, siguiendo Luis de Morales, que se habia inspirado totalmente en sus místicos cuadros; así es que le vemos inmortalizarse por la belleza y expresion de su *Ecce Homo*. Morales, cuyo pincel parecia estar tocado por el dedo de Dios, puesto que en cuantos cuadros ejecutaba resplandecia el espíritu religioso limitándose á medios cuerpos del Salvador y sacra familia; Morales, era tal su precision y delicadeza, que de aquí nace su renombre del pintor *divino*, como la historia le conoce.

Entonces era una época gloriosa para el arte: en Italia, en Francia, en Alemania, en España, en todas partes se trabajaba.

Cortábase el mármol para construir hermosas catedrales que aun hoy son la admiracion del mundo; molíanse los colores para trazar en la madera y el lienzo las mejores imágenes y los más lindos cuadros que admirarán los siglos; labrábanse maderas detallando figuras y dibujos de gran mérito; dábanse á la estampa con los primeros tipos de Guttenberg, las mil comedias del *Fénix de los Ingenios*, de Lope de Vega, mientras el manco de Lepanto trazaba en su misera bohardilla las últimas letras de su *Don Quijote*, y en fin, la sabiduría arrancaba de la tierra los tesoros artísticos que encerraba.

Luis de Morales inspirado en las cosas divinas aparece con sus cuadros ante nosotros doblemente grande. Así lo vieron tambien nuestros antepasados al ponerle el sobrenombre de *divino*, nombre que le pertenece porque todo lo que pintó fueron cosas sagradas, como que hizo cuadros que todas las generaciones admirarán y pintó cabezas con los cabellos tan naturales, que el más inteligente en la pintura le impulsaría á soplarlos por ver de moverlos.

Tal era la sutileza de su pincel y el colorido especial que empleaba, segun nos lo dice el mismo Palomino. No se ha visto pintura suya que exceda de una cabeza, ó medio cuerpo las mayores, y siempre en tabla.

Sus cuadros son apreciados por los amantes del arte, y hoy se escasean, porque todos, ó la mayor parte de ellos, están en el extranjero ó coleccionados en los museos y gabinetes particulares.

Entre sus mejores obras cuéntase á una *Verónica* que pintó para el convento de las descalzas de Madrid, y estuvo colocada en la capilla de Nuestra Señora de la Soledad, cuya obra es de lo más selecto que puede verse.

Tambien un *Ecce Homo* que pintó para el convento de *Religiosas del Corpus Christi*, de Madrid, el que estaba colocado en la colateral del evangelio. Su mérito es grandioso y como tal inapreciable.

Otro cuadro pintó para el *Colegio Imperial*, el cual estaba puesto en la sacristía del mismo: representa á Cristo amarrado á la columna, con San Pedro llorando, en tamaño de medio cuerpo, y del cual se han sacado di-

ferentes copias, sin duda por el mérito de su pintura.

Para Santa Catalina de Córdoba pintó otro cuadro representando la *Dolorosa* y su hijo difunto en los brazos, de medio cuerpo, el cual se colocó en la colateral del templo, donde estaba un cuadro de la *Asuncion* del famoso Pablo Céspedes. La pintura es inmejorable, los colores regulares, pero su aire y expresion le dá mucha importancia y un gran valor en el arte.

Para el monasterio de San Jerónimo de Madrid tambien hizo una notable tabla de pintura excelente, de vara de alto y tres cuartas de ancho, de medios cuerpos, al natural, representando al *Nazareno* acompañado de María y de Juan Evangelista.

Y nosotros mismos hemos visto en esta ciudad una cabeza del *Salvador*, sobre madera, que es una obra grandiosa para el arte.

Otros muchos cuadros tiene Morales que seria larga tarea el enumerarlos, y que como todos los suyos, por la delicadeza de sus tintas, por la combinacion especial de los colores, por su semblante y expresion y por todo su conjunto, merecen ser estudiados por los amantes de las bellas artes.

Tambien como hombre de talento merecia Morales un puesto eminente en la sociedad.

D. Felipe II lo llamó á Madrid para que le hiciera algunas obras de asuntos religiosos, y despues lo mandó al Escorial, que por entonces se hacia el hermoso convento de San Lorenzo, cuya maravilla admirarán mil generaciones. En él permaneció largo tiempo haciendo algunos cuadros para conventos y particulares de la corte. Pero fuera porque Morales no servia sino para pintar bajo el prisma de sus sentimientos, ó porque ya su avanzada edad no le permitiese trabajar mucho, pidió licencia al rey para retirarse á su pueblo y disfrutar de la soledad y del descanso paterno.

Y cuéntase de un episodio ocurrido entre el pintor y el rey, que es digno de referir á V.

En 1581, de paso D. Felipe II para Portugal, vino á Badajoz, donde tiempo ha estaba Morales viviendo.

Preguntó el rey por el artista así que llegó á Badajoz y mostró deseos de hablarle.

Súpolo Morales y corrió á ponerse á los piés de Felipe II.

El rey lo recibió con singular agrado y dijo al verle:

—Muy viejo estais, Morales.

—Sí, señor, muy viejo y muy pobre, le replicó el artista.

—¿Con qué muy pobre, hé? dijo el rey.

Y enseguida, volviéndose á su tesoro, le dijo:

—De las arcas reales de esta ciudad que se le den anualmente doscientos ducados para que pueda comer Morales.

Pero el pintor quedóse fijamente mirando al rey, y haciéndole una reverencia le replicó diciendo:

—¿Señor! ¿y para cenar?...

—Que le señalen otros doscientos para cenar.

A tal estado llegó el pintor célebre que como otros gé-nios inmortales, como Cervantes, Camoens, Olivay, Ariosto, Dryden y Milton, carecia de algunos maravedises con que poder comprar el sustento.

Cinco años despues, el día 9 de Mayo de 1586, las campanas de la antigua ciudad de Badajoz agitaban sus metálicas lenguas de bronce, produciendo una vibracion melancólica.

Las gentes corrian con direccion á la ciudad moderna y todas se apiñaban sobre una modesta casa de la calle del Agua, que hoy llaman de Morales, la cual vemos señalada con el núm. 66.

Más de mil veces pedian nuevas de un enfermo, por cuya vida todos se interesaban ardientemente.

D. Domingo Gomez de Lamadriz, obispo que era de Badajoz, salia de la casa acompañado de algunos frailes. Al aparecer en el dintel de la puerta y ver á tantas gentes que pedian noticias del enfermo se quitó el sombrero, y dirigiéndose al pueblo, le dijo con voz temblorosa é insegura:

—¡Pedid por el alma del divino Morales!

El dolor se retrató en todos los semblantes y las gentes seguian agrupándose á la puerta del pintor para ver el cadáver del artista. Y en la tarde de aquel día se efectuó el entierro, al que sin preceder aviso todo el pueblo acudió, siendo tal la afluencia de gentes, que entraban las mangas parroquiales por la puerta de Santa María la Real, en el castillo, y aun el féretro no habia salido de la casa mortuoria. El orden que llevaba el entierro era el siguiente:

Abrian la marcha los atabales y clarines de la plaza, con una escolta de arcabuceros reales.

Seguian los pendones y las cruces parroquiales, siendo la última la de la cofradía de San José, de la cual era presidente Morales.

Iban detras las comunidades religiosas, por orden de

antigüedad, el cabildo, el obispo, el ayuntamiento y una gran concurrencia de pueblo. Tal fué la ceremonia religiosa empleada para tributar un homenaje de gratitud y respeto á la memoria del autor de esos cuatro cuadros que vemos aquí ahora mismo, amigo Scott.

—¿Son mejores que los que tienen en el Museo de Madrid?

—Sin disputa que sí, porque estos son mayores y aqui puede estudiarse mejor al pintor. Los que hay en el Museo, como los que existen en la Academia de Bellas Artes, son cabezas solamente, mientras estos son medios cuerpos, y hasta aquel es figura completa.

En esto nos vinieron á avisar que era hora de cerrar la catedral. En efecto, eran ya las doce y media de la mañana. Lo que habia en la catedral lo habiamos visto ya y tiempo era de que viésemos otras cosas. Al salir á la plaza de San Juan me dijo Scott:

—¿Adónde vamos ahora!

—Al castillo.

Y nos dirigimos por la calle de la Magdalena, plaza de la Soledad, calle de Mesones en direccion á la antigua *Civitas Pacis* de los tiempos primeros de la guerra con Roma.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

novela de costumbres

POR ANGELA GRASSI.

(Continuacion).

Margarita despertó.

—¿Qué es esto? ¿qué tiene V., madre mia? exclamó incorporándose asustada. ¡Ah! ¡no en vano soñaba con V! ¡Soñaba que estaba V. sufriendo!

—¡Sí! respondió Nicanora con voz lúgubre, estoy sufriendo! ¡Yo sufro siempre, pero esta noche más que nunca, mucho más!

—¿Dios mio! exclamó Margarita con angustia.

—¡Y es por tí, hija mia! repuso la anciana; ¡hoy es por tí! No te empeñes en descifrar mis palabras: todavía no puedo hablar.

Los dientes de la anciana castañeteaban al decir esto, y era tal su temblor, que agitaba el lecho, en el cual se habia apoyado.

—No hagas caso de mí, prosiguió, viendo que Margarita se disponia á socorrerla. Vistete calladito, sal calladito, ve á casa de don Silverio, y dile que anoche llegó aquí un enemigo tuyo, un hombre que atenta á tu porvenir, á tu felicidad, un agente de Rosa, ¿me entiendes bien? de Rosa.... ¡Calla, calla, no me interrumpas. Sobre todo, no le hables de mí, no le digas que vas de mi parte.... Dile únicamente que has oído sin querer, y que te ha impulsado á escuchar nuestra conversacion el ver que yo palidecia y temblaba en su presencia.... ¡Me has entendido bien? ¡corre!... ¡vete!...

Margarita se apresuró á obedecer. Mientras se estaba vistiendo, Nicanora no apartaba de ella los ojos, no apartaba los ojos de los cajones del armario en donde la joven guardaba su ropa. ¡Hubiera querido tener doble vista para descubrir en su fondo la anhelada joya!

Pero Margarita se acabó de vestir, y quedó defraudada su esperanza.

Entonces hizo un esfuerzo para dar á su voz un tono indiferente.

—¿Qué has hecho del medallon que llevabas al cuello? preguntó.

Margarita se puso encendida y bajó los ojos.

—Vamos, ¿qué has hecho del medallon? repuso Nicanora, cuya voz temblaba á pesar suyo.

Bien comprendió Margarita que si revelaba la verdad concitaría la cólera de su madre, pero la mentira nunca habia mancillado sus labios, y así dijo con tono suplicante:

—¡Perdóneme V., madre mia, hice mal, lo confieso, perdóneme V! ¡Era la única alhaja que poseia, y se la di á Leopoldo!

La joven habia pronunciado estas palabras con los ojos bajos, temerosa de encontrar la severa mirada de su madre; pero cuando, sorprendida por su silencio, los levantó, vió que la anciana, turbada, fuera de sí, se habia agarrado convulsivamente al lecho para no caer al suelo, y oyó que murmuraba en voz baja con espanto:

—¡Dios, Dios!

Despues, tambaleándose y apoyándose en las paredes, cogió la luz, salió del aposento de la joven, y fué á encerrarse en el suyo.

Margarita no la siguió: Margarita, sumisa y obediente, respetó su secreto, y saliendo de puntillas para no ser oída, se dirigió á casa de D. Silverio.

Nicanora, al volver á su cuarto, se dejó caer sobre una silla y permaneció mucho tiempo inmóvil, con la cabeza

caída sobre el pecho y los brazos pendientes á ámbos lados.

Por fin su voluntad enérgica intentó un supremo esfuerzo.

Se levantó tambaleándose, cogió los manuscritos que había separado ántes de los otros y los acercó á la luz... ¡Una llama azulada se levantó de ellos!...

La anciana arrojó un grito y cayó con el rostro contra el suelo...

¡Pero se levantó rápidamente y apago la llama devoradora!...

—¡No, dijo estrujando entre sus manos los papeles casi abrasados, no debo, no, jamás!

Guardó silencio por algunos instantes... Gruesas gotas de frío sudor corrían por su frente, su pecho se levantaba, como si una losa de mármol la hubiese impedido respirar libremente...

—¡Y mi hija! exclamó de pronto. ¡Ah! ¡las llamas sempiternas, los tormentos de los condenados con tal de que ella sea dichosa!

¡Acercó otra vez los papeles á la llama, y los contempló inmóvil y silenciosa reducirse á cenizas uno á uno!

La lámpara se había apagado...

A medida que la pequeña hoguera se extinguía, el aposento se iba sumergiendo en las tinieblas.

La anciana temblaba de espanto, y recorría con ojos extraviados todos los muebles, que desaparecían entre la sombra...

De repente, de las muertas cenizas, brotó una llama roja, que volvió á iluminar las paredes...

¡Nicanora creyó que era el rayo de la cólera divina, que descendía sobre su culpable frente!

Exhaló un nuevo y más angustioso grito, y cayó desplomada al suelo.

Cuando Margarita volvió de casa de D. Silverio y entró en el aposento de su madre, cuya puerta ésta en medio de su confusión, no había cerrado con llave como ántes, quedó aterrada al contemplar el cuadro que se ofrecía á su vista.

¡El cofre abierto, los papeles esparcidos, su madre yaciendo sin vida sobre el pavimento!

¡Quiso levantarla y no pudo!...

¡Un ataque de apoplejía acababa de paralizar los miembros de la infeliz anciana!

CAPITULO IV.

EL SACRIFICIO.

En el poder del amor, sea de la clase que fuere, se halla el origen de cuanto los hombres han hecho puro, noble y grande sobre la tierra.

MAD. STARR.

Saludaban todavía el alba con sus alegres pios las ave-cillas, y ya D. Silverio se paseaba á grandes pasos por su aposento. Nunca su apacible rostro había tenido un sello de meditabunda inquietud como en aquel instante. Iba y venía con paso desigual, se paraba á arreglar ó á desarreglar los objetos que había sobre la mesa, cogía ó dejaba su breviario, quitaba ó ponía maquinalmente las sillas de un lado al otro lado.

—¡Válgame Dios! murmuró por fin parándose y cruzándose de brazos, ¡qué nueva desgracia será esta! ¡qué pretenderá hacer ese hombre, si es emisario de Rosa! Alguna otra infamia, algún otro atentado; ¡pobre niña! Dice que Nicanora temblaba: ¡por qué temblaría! ¡Esto significa que quieren más, mucho más de lo que ella ha hecho, que no es poco! Me duele el alma de ver practicar el mal sin que me sea dado hacer nada para impedirlo! ¡Nada! ¡Si me atreviese á escribir á D. Tomás, que ahora se halla en Madrid! ¡El no solo conoce á la condesa de Santa Agueda, sino que es su confesor!... ¡Yo le suplicaría que la instase para que viniera á Valsain, y dejaría á Dios que tocara el corazón de Nicanora cuando se hallase frente á frente de su ama!... ¡Debo hacerlo! ¡no debo hacerlo! ¡Dios mío, que confusión!

En aquel momento llamaron á la puerta.

—¡Es extraño! pensó D. Silverio, ¡quién será! ¡Nadie del pueblo, á buen seguro, porque todas mis ovejuelas saben que pueden entrar siempre que quieren en el redil de su pastor! Adelante, adelante, añadió en voz alta.

Andrés entró con su aire desembarazado y atrevido.

—¡Ah! dijo el buen cura adivinando quién era y á lo que tal vez venía.

Le alargó una silla, y fué á coger sus anteojos, para hacer algo y tener tiempo de pensar.

—¡Sí! se dijo á sí mismo: lo principal es parar el primer golpe y desorientarlos. Margarita está aquí; Cristina lejos. Cristina defendida por la sociedad; Margarita abandonada de todos. ¡Sí, sí, esto es!

Como se vé, la estratagemas de Nicanora surtía completo efecto, y D. Silverio se convertía, sin saberlo, en auxiliar de sus deseos.

El anciano dirigió mentalmente una oración á Dios para que le iluminara. No debía ni hablar ni callar, y se reconocía á sí mismo muy inhábil para diplomático.

Calóse los anteojos, miró al recién llegado, y preguntó, para cohonestar su silencio:

—No le conozco á V.: ¿qué es lo que se le ofrece?

—Casi nada, respondió Andrés, á quien sobraba en astucia y aplomo lo que faltaba á D. Silverio. Puede decirse que casi nada; una mera fórmula... Quisiera que tuviese V. la bondad de enseñarme ciertos documentos que Nicanora le confió en otro tiempo, respecto á una niña expórita.

—¡Ella bien sabe que los puso en mis manos bajo el secreto de la confesión, replicó vivamente don Silverio; ella bien sabe que me hizo jurar que no los entregaría á nadie más que á la condesa de Santa Agueda, y que aún esto no puedo hacerlo sin su consentimiento.

—Bien, dijo Andrés satisfecho, pues vió que Nicanora no le había engañado; pero yo vengo comisionado por la familia, ¿sabe V? Es decir, por su misma madre, porque el padre ya no existe...

—¿La condesa de Santa Agueda?

—Sí, ¡la misma!

—¡Ya! dijo don Silverio, quitándose los anteojos para ocultar el desagrado que le causaba semejante impostura. ¡Ya!

—¡Esa vieja, repuso Andrés con tono confidencial, no quiere revelar cuál de las dos niñas es su hija, porque pretende especular con el secreto!... Y ya ha especulado bastante, ¿no es verdad?

Don Silverio, en vez de responder, se puso á limpiar sus anteojos con el pañuelo, y lo hizo con tal furia, que poco le faltó para quebrar los cristales.

—Y bien: ¿qué dice V? preguntó Andrés, después de algunos instantes de silencio.

—¿Yo? ¿qué quiere V. que yo le diga? exclamó el cura encogiéndose de hombros.

—Pero V. lo sabe...

—¡Si lo sé es también bajo secreto de confesión, y no puedo revelarlo! ¡Ojalá pudiera hacerlo!... ¿Cree V. que hubiera esperado á que V. viniera?

—Pero á lo ménos, dígame V. qué es lo que opina.

—Yo no opino nada.

Hubo algunos instantes de silencio.

—¡Pues no es difícil de adivinar este enigma! exclamó por fin Andrés. ¡Cristina es la preferida!

—¡Hum! dijo D. Silverio turbándose, ¡esto es según de qué modo se comprenda el amor! En cada uno se manifiesta y se explica de una manera distinta.

Pero lo natural es que el que ama no quiera estar separado del objeto amado.

Mientras acababa de balbuciar estas palabras, viendo fijas sobre él las escrutadoras miradas de Andrés, se turbó tanto, que dejó caer al suelo sus queridos anteojos.

—¡Sí, sí! dijo su interlocutor, notando su turbación y complaciéndose con ella, pues le revelaba que las palabras del cura no eran palabras pronunciadas al acaso, sino que encerraban un misterio, únicamente, prosiguió animándose, que yo noto en Margarita cierto aire de distinción, ó mejor dicho, cierto orgullo de raza.

—¿Quién? ¿ella? exclamó D. Silverio con verdadera sorpresa. ¿qué dice V? ¡Si fuera Cristina, no digo que no! Margarita ha nacido para vivir entre nosotros: buena, humilde, hacendosa, pero nada más, nada más.

—¿De modo que V. cree que es verdaderamente la hija de esa anciana?

—¡Yo no he dicho eso! ¡yo no lo he dicho! exclamó Don Silverio. Margarita la llama madre, Nicanora la llama hija, qué más quiere V. que yo le diga!

Y ahora, perdóneme V. si le hago presente que es tarde, y me reclaman mis imprescindibles deberes.

A Andrés no le importaba ya que le despidieran. Estaba completamente satisfecho; estaba completamente seguro de que Nicanora no le había engañado en nada, y de que Margarita era su hija.

Cogió, pues, su sombrero y se marchó.

(Se continuará.)

Soluciones á las charadas insertas en el número 33 de EL CORREO correspondiente al 2 de Setiembre, por las señoritas doña Carmen Aguirre, de Betanzos; doña Leonarda Contreras, de Almodóvar; doña Julia Sandoval, de Cádiz; doña Inocencia García Torres, de Málaga; doña Beatriz Santafé, de Arévalo; doña Francisca Montejo, de Mondragon; doña Paula Suarez, de Alentejo; doña Cristina Menendez, de Toledo; doña Francisca Rocafort y doña Dolores Barcel, de Marin, y doña Rosa Calvo, de Madrid.

Hélas aquí en ingeniosos versos, compuestos por las distinguidas señoras á quienes damos las más expresivas gracias por su atención.

I.

Doña María de la "O"
En un tiempo mi amiga era;

Y estábamos, ella y yo,
Así... á partir una "pera."
Cierta noche, por desgracia,
Echarme una flor un mozo
Me hizo caer de su gracia,
Que desde entonces no gozo.
Fué en la "ópera," me acuerdo...
¡Cuánto me pinchó después!
Su casa, partido cuerdo,
Ya nunca pisan mis pies.
Se halla, este caso lo diga,
La amistad de dos mujeres,
Que el primer fátuo desliga,
¡Prendida con alfileres!

DOLORES GARCÍA HERNÁNDEZ

Madrid, y Setiembre de 1875.

II.

Con María de la O
Estuve en la Mahonesa,
Y me dijo, fruta ó dulce,
Siempre prefiero la pera.
Tomamos poco y deprisa
Y enseguida nos marchamos,
Pues para ir á la ópera
Nos estaban esperando.

III.

Un alon con tomate
Es muy gustoso,
Y si se toma en Adra
Más delicioso.
Bajo la sombra
Siempre escucho admirada
Cantar la alondra.

SUSANA MIER DE BARRIO.

Verdeña 4 de Setiembre 1875.

I.

La primera se encuentra ya acertada
Pues la fruta á que alude es conocida,
Y ópera es de fijo la charada.

ELOISA SANCHEZ.

CHARADAS.

I.

Prima y segunda
Nombre es que cuadra
A más de un hijo
De árabe raza;
Animal útil
La tercera marca,
Y consonante
Letra es la cuarta.
Ciudad es el todo
De nuestra España,
Y cuya historia
Registra y guarda
Tristes escenas
De época aciaga
Que al alma llegan
Al recordarla.

JERÓNIMO COUDER.

Madrid 14 de Agosto, 75.

II.

En Clara está mi primera,
En Teresa mi segunda,
En Rosario la tercera
Y el todo en Madrid abunda.

SUSANA MIER DE BARRIO.

III.

No hago á nadie la primera,
Digo á veces la segunda,
Muy mal canto la tercera,
Al todo Dios lo confunda.

JOAQUIN RAMA.

FLORES DEL CIELO.

LA DOCTRINA CRISTIANA EXPLICADA Á LOS NIÑOS POR MEDIO DE IMÁGENES.

POR

DOÑA PILAR PASCUAL DE SANJUAN.

Comprende los siguientes cuadernos:

El Padre Nuestro.
El Decálogo.
Los Sacramentos.
La Salve.
El Credo.
Obras de Misericordia, corporales.
" " " " espirituales.

Cada cuaderno va ilustrado con láminas y viñetas. Precios: UN REAL cada uno en rústica con cubierta impresa en colores, y TRES REALES en percalina, con plancha dorada.

Los siete cuadernitos en un volumen, encuadernado con riquísima cubierta alegórica, cromolitografiada por Bastinos y Pujadas, 10 rs.

A pesar de las grandes tiradas que se hacen de los libritos *Flores del cielo*, muchos de ellos han alcanzado ya la 3.ª edición, por el brillantísimo éxito que ha obtenido esta publicación moral, religiosa, amena y recreativa.

Véndese en Barcelona, en la librería de sus editores Juan y Antonio Bastinos, y en las principales de Madrid.



VARIEDADES.

La preciosa música que el maestro Barbieri ha escrito para la zarzuela *La Vuelta al Mundo*, es cada noche más aplaudida en el afortunado Circo de Rivas, habiendo piezas, tal como el preludio al uno del cuarto acto, que se hace repetir tres y cuatro veces.

La acreditada casa editorial del Sr. Vidal que ha adquirido la propiedad de dicha música, ha puesto ya á la venta en su concurrido

16. Angulo de cuello. Bordado á feston.

almanacén de la Carrera de San Jerónimo, número 31, además de dicho preludio, la americana, las seguidillas y la canción.

LA UNIVERSAL.

PELUQUERÍA
Y PERFUMERÍA DE
D. ANTONIO ROYO,

Proveedor de S. M.

Plaza de Santa Ana,
núm. 15

Las señoras hallarán en este magnífico establecimiento los peinados más modernos recién llegados de París, y la rica perfumería de las mejores fábricas de París y Londres, todo á precios sumamente reducidos.



15. Corbata de muselina.



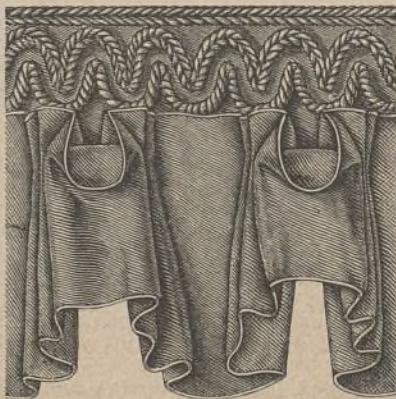
20. Fcharpe de encaje.



21. Caja para alhajas.

Explicación del Figurín 1185.

FIG. 1.ª—Traje de recepción con clámide ruso. — El clámide, especie de mantelo con peto y tirantes que se reúnen por atrás formando un gran pliegue Wateau, parece estar destina



24. Parte de la gola para la manteleta grabados 22 y 23.

do á reinar este invierno de una manera absoluta, por más que todavía no se pueda augurar de un modo definitivo cuál será el límite que ponga á sus caprichos la Moda. Sea como se quiera, el clámide es una graciosa novedad que puede hacerse de color distinto al del vestido, y servir de complemento á todos los demás trajes.

El modelo es de faya negra, con cuerpo alto y mangas largas, y el clámide de granadina, aunque

17. Angulo de cuello. Trecilla y calados.

podría hacer - sedela misma faya, va todo bullonado hasta arriba. El peto, como hemos dicho, termina en tirantes, que forman por atrás el pliegue Wateau, sobre el cual se anudan graciosamente las dos echarpes que ajustan el mantelo. Este lleva además una cintura que abrocha bajo el pliegue.

Le sirven de adorno en los costados, largos bolsillos terminados con un lazo, y un volante de encaje al canto. El mismo encaje más estrecho adorna las mangas.

FIG. 2.ª—Traje para jovencita. — Tres telas entran en la combinación de este lindo traje, que puede ser de foun-

lard, lanilla ó cualquiera otro género.

El cuerpo-coraza es malva, las mangas, la falda y el mantelo gris muy claro, y los volantes fruncidos y al biés á rayas blancas y negras. El adorno consiste en cintas bordadas malva, y se completa con dos grandes caídas de faya malva que descienden por atrás hasta el segundo volante.

Sombrero de paja de arroz, cubierta completamente la copa de ramas de clemátidas.



19. Lazo para el pecho.



22. Manteleta. (Véase el grabado 22). (Patron: en el pliego, núm. IV, figs. 20 y 21a).

22. Manteleta. (Véase grabado 23). (Patron: en el pliego, núm. IV, figs. 20 y 20a).

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª y 4.ª Edición recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las á la 1.ª, 2.ª y 4.ª el pliego de patrones.

Administración Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C.ª, Dr. Fourquet (antes Yedra 7).

Editor-propietario: Carlos Grassi.